

prueba; el dialecto ático era una mezcla, una media resultante, como diríamos hoy, entre el jonio y el dorio. Lo mismo ocurría con las cualidades intelectuales y morales del ateniense.

CAPÍTULO III

La democracia ateniense: el espíritu y las costumbres.

I. CUALIDADES NATURALES DEL ATENIENSE. § 1. *Inteligencia y voluntad.* § 2. *Humanitarismo.* § 3. *Moralidad.*—II. SU EDUCACIÓN GENERAL. § 1. *La escuela.* § 2. *La religión.* § 3. *El arte.* § 4. *La ciencia.* § 5. *La vida.*—III. SU EDUCACIÓN POLÍTICA. § 1. *La práctica de los negocios.* § 2. *Los partidos y sus jefes: los oradores.*

I.—Cualidades naturales del ateniense.

Los dones naturales del ateniense eran grandes. Era á manera de una combinación armónica de las más diferentes cualidades griegas; colocado por la geografía en el centro de Grecia, mezclado por la historia y la política á la vida marítima y á la vida continental, era como el punto de unión entre los jonios y los dorios, tomando de los unos y de los otros lo mejor que poseían y corrigiendo á unos y á otros. Advertía ya el autor de *La República de Atenas* este rasgo característico: el mismo idioma de Atenas le servía de

§ 1.—INTELIGENCIA Y VOLUNTAD.

Su inteligencia era viva y penetrante, era proverbial la sutileza ateniense; esta prontitud de comprensión se aplicaba á todo, á las cosas de la vida práctica como á las ideas. El ateniense era un comerciante y un hombre de negocios siempre avisado. También sentía preferencias por las teorías. La rapidez de su concepción estaba secundada por una facilidad igual de expresión; nunca le faltaban palabras para decir lo que pensaba; era por naturaleza sutil y discutidor. Su imaginación le hacía ver las cosas de que hablaba, le animaba las abstracciones. Le hacía elocuente. En los hechos particulares descubría su trabajo las ideas generales que ocultaban; era generalizador y filósofo. Esa tendencia á generalizar, servida por una imaginación viva, ofrecía grandes ventajas y algunos inconvenientes; veía las cosas en conjunto y desde la altura; pero también en ocasiones estaba en peligro de verlas más sencillas, más sistemáticas de lo que ellas eran en realidad. Muy artista, muy sensible á la belleza de la forma, sentía predilección por las con-

cepciones que le presentaban una bella imagen de la realidad, y á veces carecía de la paciencia necesaria para realizar investigaciones prudentes y metódicas. Sus cualidades intelectuales eran de aquellas que hacen á los grandes artistas y que pueden desorientar en ocasiones á un político á consecuencia de un exceso de audacia especulativa y por demasiada complacencia por sus propias ideas; pero jamás pecaba por lentitud ó pesadez de espíritu.

Su voluntad era tan ágil como su inteligencia, y apta para adoptar resoluciones enérgicas, era decidida y emprendedora. Naturalmente valeroso, no se echaba atrás ante ningún obstáculo. Era capaz de tenacidad en sus designios, hasta cuando se le imponía la fuerte voluntad de un jefe enérgico; pero, á decir verdad, su naturaleza era más bien ligera é inconstante. Tenía la voluntad excesivamente dominada por la imaginación. Esta, viva y movable, tan pronto le sugería nuevas ideas, como agigantaba á su vista la importancia de una decepción momentánea.

Dedúcense de ahí en la historia de Atenas frecuentes pánicos, bruscos movimientos de opinión en sentidos opuestos, entusiasmos exagerados y cóleras súbitas; grandes proyectos á los que sigue el descorazonamiento. Este pueblo inteligente carecía sin duda de sangre fría y, por lo tanto, de espíritu de consecuencia; cuando estaba descorazonado de la acción, esta misma vivacidad imaginativa le compensaba por ilusiones agrada-

bles; en su inactividad tenía el consuelo de las bellas palabras y de las nuevas esperanzas. Era capaz de hacer grandes cosas, pero sobre todo á condición de hacerlas de prisa.

§ 2.—HUMANITARISMO.

No eran inmerecidos los elogios que los oradores otorgaban á los sentimientos humanitarios de los atenienses (*φιλανθρωπία*). El griego, en general, era blando y humano en comparación con los bárbaros. No era amigo de los suplicios refinados y crueles, como los asiáticos. No era aficionado á la violencia, como los tracios. Era un civilizado. Pero los atenienses en particular se atribuían en este respecto, y no sin razón, el primer puesto entre los griegos. Esto no quiere decir que siempre estuviesen de acuerdo con el sentimiento moderno, ya en lo relativo á la vida privada, ya en lo que se relaciona con la vida pública. No tenían escrúpulos para pasar por las armas á una guarnición de prisioneros, para vender como esclavos á los vencidos, en mantener la supremacía sobre los aliados por medio de ejemplaridades sangrientas en casos de rebeldía, en castigar con el destierro ó la muerte á sus propios generales ú hombres de Estado cuando les juzgaban culpables, y someter á los esclavos á la tortura como medio de arrancarles confesiones ó denuncias ante la justicia. No nos

escandalicemos demasiado. Análogos vestigios de la barbarie primitiva han subsistido durante mucho tiempo en la Europa moderna, y no habría que remontarse más de un siglo para hallar en nuestra propia historia tan asombrosos ejemplos de crueldad como los que puede ofrecer la historia de Atenas. Estos recuerdos deben hacernos justos con los atenienses y llevarnos á reconocer que sus sentimientos humanitarios eran reales. La misma insistencia con que elogian su propia dulzura demuestra por lo menos que tenían un sentimiento profundo de la belleza moral que reside en el respeto de la vida humana y en el horror de los sufrimientos inútilmente infligidos á nuestros semejantes. Y son muchos los hechos que atestiguan que tal sentimiento se traducía en actos. Si admitían aún el empleo de la tortura judicial para los esclavos, la rechazaban respecto á los hombres libres. Si aplicaban la pena de muerte, más frecuentemente de lo que nosotros querríamos, lo hacían por el procedimiento menos bárbaro y sanguinario, como por el empleo de la cicuta.

Los mismos esclavos, que estaban fuera de la ciudad, no eran parias abandonados é indefensos á todos los caprichos. La ley les protegía contra la violencia de sus señores, y más aún les protegían las costumbres. Enseñanos el autor de *La República de Atenas* que un esclavo no se distinguía en general de un hombre del pueblo, y que cuando iba por la calle no tenía que torcer su camino

ante un rico ó un noble. La literatura nos muestra incesantemente al esclavo doméstico viviendo con sus señores sobre un pie de familiaridad fácil, en la que tenían muchas veces cabida los sentimientos afectuosos. Ya decía Alcidas, á principios del siglo IV, que la Naturaleza no hacía esclavos. El mismo Aristóteles, teorizante de la esclavitud, sólo reconocía su legitimidad en el caso de una inferioridad intelectual y moral indiscutible en el esclavo, y hablaba de la amistad (*φιλία*) que existía muchas veces entre esclavos y señores. Decía, en fin, que era preciso usar con ellos de la persuasión más que de la exigencia, y que era preciso exhortarles aún más que si fuesen niños. No era raro el caso de que un esclavo honrado é inteligente, después de haber sido el hombre de confianza de su señor y de recibir la libertad de sus manos, se convirtiese en el asociado ó sucesor de su banca ó de su comercio.

La vida familiar en Atenas posee un señalado carácter de libertad y de dulzura. La mujer es, con más frecuencia de lo que pudiera creerse, la asociada y la amiga de su marido. Nos muestran los procesos atenienses tipos de mujeres modernas, por la afectuosa confianza de que están rodeadas y por la energía que saben desplegar en defensa de sus intereses y de sus hijos. Las hijas heredan, y cuando se casan, su dote les asegura en el hogar un papel respetable; más de una parece que ha sido como el verdadero señor de su casa. Á los hijos se les educa con

bondad inteligente y afectuosa; aman y respetan á sus padres. La teoría de las dos educaciones, la fundada en el temor y la que hace un llamamiento al afecto de los niños, es de origen ateniense; pero el padre ateniense era casi siempre partidario de la segunda escuela, y se parecía más al Mición de los *Adelfos* que á su contradictor; acaso en ocasiones exagerase su camaradería con el hijo; pero seguramente no pecaba nunca por un exceso de dureza. Como la mujer de Sócrates estuviese siempre malhumorada, el filósofo enseñaba á sus hijos á no irritarse, sino á considerar el espíritu profundo de sacrificio que se ocultaba en su madre bajo aquellas apariencias desagradables. La mujer de Ischomaco, en el *Económico* de Jenofonte, cuida con cariño á sus esclavos enfermos. Atenas ha construído hospitales, sostuvo médicos públicos, asistió á los enfermos y protegió á los huérfanos.

Tal espíritu humanitario se manifiesta brillantemente en la vida pública. No fueron nunca en la antigüedad las luchas políticas más clementes que en Atenas. Después de la expulsión de los pistratidas, aquellos de sus parientes que no se habían asociado á su poder quedaron en libertad de seguir en la ciudad y sólo después de muchos años de la revolución se condenó á uno de ellos, sospechoso de aspirar á la tiranía, al ostracismo, cosa no muy cruel. Después de la caída de los treinta, la primera atención de Trasíbulo es borrar la huella de las discordias y hace

votar una amnistía general, amnistía constantemente observada á pesar de los crímenes cometidos por los treinta. Nada hay en la historia de Atenas que recuerde, de cerca ni de lejos, los feroces desórdenes de Corcira, de los cuales nos ha legado Tucídides una descripción elocuente. Ninguna historia es menos sangrienta que la de la democracia ateniense. Aun respecto de los aliados, que se quejaban fácilmente de la dureza del yugo ateniense, es de justicia tener en cuenta la observación de Tucídides: estaban con frecuencia metidos en procesos y esto significa que la ciudad no les imponía su dominio exclusivamente por la fuerza, como habrían hecho otras en su lugar, sino que les permitía hacer valer libremente sus reclamaciones. Las violencias que se hallan en la historia de Atenas son especialmente obra de los grupos aristocráticos, que se vengan, durante algunos efímeros períodos de reacción, del rebajamiento político á que habían sido reducidos. Pero consciente la democracia de su fuerza, no abusa de ella y se abandona sin temor á sus instintos naturales, que la guían hacia al olvido de los crímenes impotentes y al restablecimiento de la paz interior. Una especie de fácil indulgencia, enemiga de largos rencores, le hacía fácil el perdón de las injurias.

§ 3.—MORALIDAD.

Pretende Montesquieu, siguiendo á Aristóteles, que el principio del gobierno republicano es la virtud; hoy diríamos nosotros: el sentimiento del deber y de la moralidad general. ¿Qué significaba la moralidad ateniense? Siempre es difícil generalizar en materia semejante. El Pericles de Tucídides y los oradores nos hablan del respeto de la ley como de un sentimiento muy arraigado en Atenas. Por el contrario, Polibio se muestra severo con los griegos, á quienes acusa de egoísmo y mala fe y á los cuales prefiere con mucho los romanos. Pero Polibio no conoció directamente más que á los griegos de la decadencia, á los griegos que se destrozaban entre sí en luchas salvajes, ó á aquellos que iban á Roma en busca de fortuna y aventuras. Por otra parte, los oradores son sospechosos de condescendencia. Sin intentar llegar á una precisión imposible, creo que puede decirse que la verdad, respecto de la Atenas de los siglos v y iv, parece hallarse á igual distancia de tales afirmaciones extremas; la moralidad privada, muy mediocre en una minoría ruidosa que atraía especialmente la atención, debía ser suficiente en la mayoría oscura de la población, con raíces en su suelo y en sus tradiciones. Atenas no era una de las grandes ciudades cosmopolitas del género de Alejandría ó de la Roma de los Césares, donde

se acumulan los vicios del mundo entero. Los bataneros y los albañiles de que habla Sócrates, los aldeanos que iban á vender sus frutos al Ágora, debían ser, en conjunto, buenas gentes, ni mejores ni peores que los que viven una vida normal. Lo cierto, sin embargo, es que los vicios de que habla Polibio, y que se mostraron cuando recibieron impulso de las circunstancias, no dejaban de tener algunas raíces en ciertas tendencias fundamentales del espíritu griego. La moralidad de los hombres se mantiene por una fuerte disciplina interior ó exterior: disciplina de las costumbres públicas y de las leyes, ó disciplina de una vigorosa tradición moral. En Grecia en general, y particularmente en Atenas, estas dos clases de disciplinas eran seguramente menos fuertes de lo que lo fueron en otras épocas y en otros países.

Desde hacía mucho tiempo, la moral no se presentaba ya al espíritu de un griego y de un ateniense bajo la forma de un código de preceptos indiscutidos. El imperativo categórico de la antigua moral religiosa, que no había poseído nunca en sí misma un contenido muy rico, se había debilitado mucho, y la virtud se ofrecía al pensamiento más como un modo juicioso de ordenar la vida hacia la felicidad personal, que como un mandamiento inviolable.

El hombre virtuoso era más bien un hombre prudente que un sabio. La constante doctrina de los filósofos griegos, que fundan la virtud en la persecución de la felicidad, tiene

raíces en el sentimiento popular. Entienden la felicidad en el sentido más alto, pero el vulgo sentía una invencible tendencia en justificar la virtud, afirmándose á sí mismo que era un buen negocio. El sentido de la utilidad es tan vivo en este pueblo despierto que le es difícil separar de ella la misma noción del deber. El desinterés absoluto le parece un contrasentido. Es, además, demasiado idealista y demasiado fino para atenerse únicamente, ó si quiere principalmente, á los bienes de orden material: la gloria que engrandece al individuo se le imagina el primero de todos los bienes. Es bastante inteligente para comprender que el bien del individuo es, en cierta medida, inseparable del de la ciudad.

Es en él muy fuerte el sentimiento del patriotismo, porque se apoya á la vez en la gloria de la ciudad y en el interés personal; pero aun en su amor á la ciudad sigue siendo el ateniense lo que es siempre, un individualista irreductible; mientras el interés de la ciudad y el interés individual no se separan en su espíritu, su moralidad es fuerte. Se comprende que el debilitamiento de la ciudad estuviese á punto de reducirle al egoísmo.

En el período que nos ocupa aún no se ha realizado esta separación, sobre todo al principio, y por eso no deben aceptarse á la ligera las afirmaciones pesimistas de Polibio. Ya se nota también que existía el origen del mal. Añádase á esto que la ligereza amable

y un tanto escéptica del espíritu ateniense no predisponía á aquel pueblo á los «odios vigorosos»

que debe dar el vicio á las almas virtuosas.

El ateniense no tiene nada de un Alcestes. Es todo lo contrario de un intransigente. Es un hombre que lo comprende todo como Filinto, y que se resigna á las cosas porque las comprende; cuando son desagradables le parece más cómodo y más inteligente reirse que indignarse; esta actitud es grata á su abandono y á su diletantismo. Sin duda tenía razón Demóstenes cuando reprochaba á los atenienses por no perseguir con un odio eficaz á los traidores indudables, sino que sonreían y se acomodaban á ello (1). En este pueblo inteligente y vanidoso el odio contra el vicio sólo era verdaderamente fuerte si se unía al odio personal contra el vicioso; la intransigencia moralizadora sentía la necesidad de apoyarse en algo más concreto y más individual.

Evidentemente nada de esto origina inmoralidad propiamente dicha, pero tampoco constituye una atmósfera particularmente favorable al desarrollo de la moralidad. Mitad abandono, mitad diletantismo, existe una especie de ligereza moral, suficiente á la vida cotidiana cuando son favorables las circunstancias, pero que no basta á sostener á los débiles ni intimida á los malos, y que hasta

(1) Véase también Isócrates, *Paz*, 50.

puede arrastrar á las gentes honradas hacia compromisos peligrosos. Por lo tanto, la moralidad ateniense, ó para hablar como Montequieu, la virtud ateniense parece haber sido en sus raíces y en sus principios más vacilante que otra cosa y no haber ofrecido á la Constitución todo aquel amparo que habría necesitado recibir de ella. La virtud ateniense parece haber sido más bien obra de un temperamento feliz, de un buen sentido, de un sentimiento delicado de la belleza, que una fuerte y vigorosa disciplina moral. Es una virtud instintiva más que un deber. En esto mismo son los atenienses antes que nada imaginativos y artistas, especulativos y diletantes más que hombres de fe y de convicción profunda.

Por otro lado, las costumbres generales de la ciudad no sustituían á la debilidad del mecanismo moral interior con la fuerte armadura externa de una disciplina colectiva. Tucídides elogiaba la libertad de la vida ateniense. Tenía razón. De ahí procede una parte de la belleza de Atenas. Según la frase de Platón antes citada, las gentes honradas de Atenas parecían más honradas que las de otra parte cualquiera, porque nada más que su conciencia les obligaba á ser virtuosas; pero las cosas mejores tienen sus inconvenientes. El ateniense, al cual ni las leyes ni la opinión refrenaban, necesitaba de un raro equilibrio de las cualidades naturales para ser virtuoso. Pero había muchos que se aprovechaban de esta libertad exterior para

tomar la moral á su antojo, y no sin razón habla Aristóteles repetidamente del abandono y de la relajación (*ἀνεσις*) de la vida democrática, en la cual cada uno se dirige ante todo á hacer su gusto, donde no hay obediencia, donde ni las mujeres ni los esclavos conocen ley alguna.

La misma dulzura de las costumbres puede deslizarse insensiblemente hacia una amable anarquía, y no podría afirmarse que los atenienses se hayan visto completamente libres de este mal. La comedia de Menandro, en la cual la civilización ateniense se presenta bajo aspectos de una gracia tan seductora, no deja de advertirnos, sin embargo, que una especie de epicurismo práctico había debido preparar el camino desde mucho antes á las doctrinas del gran teorizante de la moral del placer (1).

(1) Respecto de la moral ateniense, no creo que deba detenerme aquí á comentar los reproches en que ha incurrido frecuentemente la indulgencia de la opinión en lo relativo á las cortesanas y al amor de la belleza viril. En un estudio sobre la moral griega habría que examinar estos dos puntos. Lo que quiero decir aquí es que no deben juzgarse estas costumbres según nuestras ideas modernas, ni deducir de ellas consecuencias absolutas relativamente á la moral general del ateniense, en el amplio sentido de palabra. La indulgencia de la opinión respecto á las cortesanas obedece á una concepción de la moral distinta de la de los pueblos cristianos; pero no debe creerse que la práctica fuese muy diferente de como es en el mundo moderno, ni que aquella indulgencia llegase generalmente al desenfado. Ocurre con esta tolerancia lo mismo que ocurre con la libertad del len-